

DIANA PARDO

# Maura cruza su último meridiano



---

---



# Aterrizaje en las islas afortunadas

El tren de aterrizaje tomó tierra en el aeropuerto Reina Sofía en Tenerife Sur a las 15:32. Cuando las compuertas del avión se abrieron, pude respirar el aire puro y cálido de las Islas Afortunadas. Me despedí de mis compañeros de vuelo que tan amablemente me habían traído desde la península. En esta ocasión mi equipaje era pesado: dos maletas de viaje grandes y dos de mano, y es que esta vez venía a Tenerife para quedarme de verdad. Viviría aquí al menos durante seis meses.

Hacía unos días que había cumplido cuarenta y dos primaveras. Dos años habían transcurrido ya desde nuestra fiesta de cumpleaños de los cuarenta. ¡Qué bien nos los habíamos pasado y cuánto echaba de menos a mis chicas!

Nuestra familia adoptiva había crecido. Elisabeth se había incorporado al grupo gracias a su relación con Susana. Eran felices y vivían libres de prejuicios con sus mellis, aunque nuestra querida abogada aún no había dado el paso de contarle a su familia su nueva relación.

---

África, mi adorable amiga canina, llenaba mi uniforme de pelos blancos de los que se incrustan y no salen ni en la tintorería cada vez que visitaba a Abril y a Óscar, pero ¡cuánto me gustaba darle patatillas por debajo de la mesa!

Y qué decir de Abril, mi media naranja en la vida, mi otra mitad del corazón, mi ángel de la guarda, mi hermana elegida y también mi muermo favorito. Lo cierto es que era feliz con su nuevo trabajo. Tras sus prácticas en el máster de Traducción Simultánea, consiguió un contrato estable en una empresa que trabajaba para el Gobierno Comunitario. Su hijo Álex había madurado mucho tras la separación.

Hacía apenas un año que la adopción del pequeño Issa se había formalizado. La llegada de este niño tan especial a las vidas de Óscar y Abril aceleró su decisión de irse a vivir juntos a la casa de la playa.

La vida de mis amigas se estabilizaba y a mí el cuerpo, como siempre, me pedía una nueva aventura. Lo que no podía imaginar es que esta vez marcaría un antes y un después en mi vida.



## Qué fue de mí

Tras la inolvidable fiesta de los cuarenta, pasé uno de los mejores veranos de mi vida con Fernando en París. Pintando, recorriendo las calles de la mano, besándonos en cada rincón y practicando sexo de todas las maneras posibles. Nos habíamos llenado el uno del otro y lo habíamos pasado más que bien.

Después de esta etapa, Fernando decidió retomar su carrera de Física que había abandonado tiempo atrás. Tan solo le faltaban dos años para licenciarse y fue a por todas. No podía estar más orgullosa de él y de su actitud, porque cuando veo a alguien que lucha por lo que quiere y va a por ello con toda su energía, me parece de lo más sexi.

Lo cierto es que me encantaba cuando Fernando me hablaba de estrellas, siempre recordaré todas las que aprendí a su lado en nuestro viaje a Cuba. Qué aventura tan divertida...

Como pareja, las circunstancias nos habían distanciado, aunque para ser justa debería decir «mis circunstancias», ya que fui yo quien tomó la decisión de seguir exprimiendo la vida pero por separado.

---

Yo seguía cruzando meridianos por el planeta mientras él se centraba en la Física. Fernando era alegría, vitalidad, puro fuego, y entre los dos había una conexión cósmica, como él la describía. Cuando estábamos juntos no podíamos quitarnos las manos de encima, éramos como dos imanes que se atraían con fuerza y todo lo demás desaparecía, pero convertir nuestra relación en un «nosotros» eran palabras mayores. Creo que ninguno de los dos estaba preparado para dar ese paso; al menos, yo no.

Fernando siempre había estado para mí, para seguirme en cada una de las aventuras en las que me embarcaba. Era un auténtico cielo de chico, pero ahora le tocaba vivir su propia aventura y convertirse en un excelente físico.

Nos seguíamos el rastro por WhatsApp e Instagram. Sus fotos siempre merecían mis corazones y algún que otro comentario. Pensar en él siempre me provocaba una sonrisa picarona.

¿Que qué hacía yo en Canarias?

La compañía había creado un nuevo destacamento en las islas para realizar vuelos a distintos países africanos, y como no podía ser de otra manera, me había apuntado a esta trepidante aventura.

Entre todos los compañeros del destacamento había uno especial, cercano, tierno, exagerado, maniático del orden y la limpieza casi rozando el TOC (trastorno obsesivo compulsivo) y, sobre todo, divertido: Hilario.

Hilario y yo habíamos empezado a trabajar juntos en la compañía cuando apenas contábamos veinte años. Es decir, llevábamos la mitad de nuestra vida cruzando meridianos y lo mejor de todo era que nos encantaba hacerlo juntos. Cada vez que revisábamos la programación mensual y nos asignaban las mismas líneas, nuestros teléfonos se llenaban de emoticonos de todos los colores y mensajes subidos de tono.

El género masculino era la perdición de Hilario y, al igual que yo, era un espíritu libre, motivo por el cual ambos, a los veinte

---

años, decidimos formarnos como auxiliares de vuelo o «ángeles del espacio aéreo», como a él le gustaba llamar nuestra profesión.

Además, Hilario tenía un punto muy fuerte a su favor, y eran mis chicas. Abril y Susana lo adoraban. Por supuesto, había asistido a nuestra macrofiesta de los cuarenta cumpleaños, y cuando Hilario y Susana se juntaban, se vislumbraba el peligro a kilómetros. La abogada se dejaba envolver en el huracán de emociones de mi querido amigo y ambos perdían literalmente la cabeza.

Lo que más les gustaba a Abril y a Susi de Hilario eran los coctillos frescos que siempre tenía para ofrecernos sobre personajes famosos que llevaba a bordo. Hilario es lo que se conoce como «el cotilla del visillo», pero adorable. ¿Quieres saber algo de alguien en la compañía? Pregúntale a Hilario. Yo también llevaba a muchas *celebrities* en mis vuelos, pero la mayoría de las veces no me enteraba ni de quiénes eran. Las noticias del corazón no eran lo mío.

Este nuevo destino era la ocasión perfecta para compartir piso en la isla y vivir juntos la experiencia en África. Desde luego, el aburrimiento no entraba en nuestros planes.

---





## La calima me recibe

Las puertas de la terminal se abrieron y salí rauda y veloz con mi carro repleto de equipaje.

Había quedado con Hilario en el parquin número dos. Llevábamos varias semanas programando nuestra vida aquí. Alquilaríamos un piso con dos habitaciones y también un coche a medias para movernos por la isla. Él había llegado cuatro días antes que yo para poner todo a punto, y en esto era un auténtico *crack*.

Las puertas de la terminal de salidas se abrieron y un golpe de calor azotó mi rostro. A lo lejos vi a Hilario agitando su brazo a modo de saludo para llamar mi atención.

—¡Hola, reina! —exclamó mientras nos dábamos un abrazo emitiendo todo tipo de sonidos de emoción.

—¿Preparado para el mambo? —pregunté.

—¡Siempre! Qué ganas tenía de que llegaras. El piso te va a encantar, no se ve el mar, pero se huele, está muy cerca y la urbanización está genial, tiene piscina y pista de tenis.

—¿Ahora juegas al tenis? —pregunté.

—¡Qué va! Pero hay muchos caballeros de buen ver que sí lo hacen —dijo dándome un pellizco—. Ya le he echado el ojo

---

a unos cuantos. Además, con este clima se enseña mucho. ¡Ay, reina! Creo que lo vamos a pasar genial —afirmó Hilario metiendo todo mi equipaje en un Twingo.

Como decía, el aburrimiento no entraba en nuestros planes.

En el trayecto a casa me siguió poniendo al día de todo. Los caseros, los vecinos y la cantidad de gatos que había en nuestra urbanización.

El complejo residencial era todo blanco, con balcones que daban a dos piscinas y a la famosa cancha de tenis. El apartamento tenía una luz increíble. A la entrada estaba el salón con una pequeña cocina al fondo. Tras un pequeño pasillo, las habitaciones con un baño compartido y al fondo, unas escaleras.

—¿Y estas escaleras...? —pregunté curiosa mirando a mi nuevo compañero de piso, que contenía su emoción.

—¡Esta es la sorpresa! —exclamó Hilario—. Anda, ven.

Me tomó de la mano y me impulsó hacia arriba por las escaleras de caracol.

El último peldaño nos abrió el paso hacia una terraza de unos cincuenta metros cuadrados. Era inmensa. Un auténtico solárium. Al fondo había una barbacoa, un cenador y dos hamacas.

—¿Esto es todo para nosotros? —pregunté emocionada.

—¡Sabía que te encantaría! Tenemos terraza privada para poner nuestros maravillosos y tonificados cuerpos al sol —exclamó mi compañero de altos vuelos.

Nos abrazamos gritando y saltando en nuestra nueva terraza. Estábamos eufóricos por compartir este momento en el tiempo. Vimos algunas cabezas saliendo a los balcones de otros pisos para averiguar qué era ese escándalo. Lo siguiente fue el sonido de varias persianas cerrándose de golpe.

Estos doce meses prometían.

Tras deshacer mis maletas y acomodar nuestros cientos de productos de estética en el cuarto de baño (nota mental: pasar

---

por Ikea a por un nuevo mueble para el aseo), esa noche decidimos salir a cenar fuera.

Bajamos caminando al paseo de la playa de las vistas. Nos quedaba apenas a quince minutos de casa y a Hilario le habían hablado de un nuevo local que ofrecía bufé de ensaladas, justo lo que necesitábamos, algo fresquito en esta época de calima.

—¿Y cómo vas de amores? —me preguntó mi cotilla favorito.

—Todo bien, gracias —respondí sorbiendo mi piña colada con una medio carcajada.

—Mmm, ya veo. Siento mucho lo que ocurrió con Roberto.

—No me digas... —respondí socarrona.

—Bueno, tampoco es que el señor comandante lo disimulara demasiado. Lo vuestro era un secreto a voces en la compañía.

—Eso ya es agua pasada —dije mirando hacia el mar—. Llevo más de un año sin acostarme con nadie.

—¡No! —exclamó Hilario casi escupiendo su bebida del *shock*.

—Sí, y la verdad no es tan terrible, pensé que sería peor. De vez en cuando echo de menos algunas manos por mi piel o a alguien que me llene, pero...

—¡Querrás decir alguien que te cubra!

Reí a carcajadas.

—Pero qué bruto eres.

—Las cosas por su nombre, reina.

—Tienes toda la razón. ¿Y qué hay de ti? ¿Algún caballero del espacio a la vista? —pregunté con voz irónica.

—Nada serio, digamos que a veces y desde hace dos años comparto mi cuerpo con un italiano bastante canalla pero con un cuerpo de escándalo.

Asentí sorbiendo mi piña colada.

—Tú sí que sabes.

Mi línea no empezaba hasta dentro de tres días, tiempo para asentarme, decorar mi habitación a gusto y conocer el barrio.

---

Decidimos bajar a la playa. Hilario me habló más sobre su italiano. Llevaba dos años liado con un famoso presentador de televisión del país que había conocido en una de sus líneas.

—Puso su número de teléfono en la servilleta de servicio del vuelo y me la metió en el bolsillo durante el desembarque. Tenía que llamarlo —me confesó.

A pesar de su tiempo juntos, intuía que su relación, muy a pesar de mi amigo, no se terminaba de definir.

—¿Por qué has aceptado esta base? —le pregunté en la playa mientras el sol tostaba y relajaba nuestros cuerpos.

—Para venir a la playa, hacer rutas distintas y alejarme del ruido.

—¿Y el ruido procede de Italia? —pregunté irónica.

—Una gran parte sí, pero no se merece que hablemos más de él. Dicen que en estos vuelos el pasaje es muy tranquilo. ¡Nos irá bien! —exclamó para cambiar de tema.

Asentimos brindando con dos cervecitas frías mientras disfrutábamos de la puesta de sol en la playa.

Al día siguiente, Hilario salía de línea y a mí aún me quedaba otra jornada de descanso. Programé una reunión con mi consejo de sabias favorito para esa tarde.



## ¡Hola de nuevo, mis sabias favoritas!

La primera en conectarse fue Susana. Estaba muy delgada. Desde que se había enamorado, no había vuelto a probar la bollería industrial.

Parecía que Elisabeth (o simplemente apostar por su felicidad y salud) había tenido este efecto en ella. Esto era la teoría de la tierna Abril. Yo apostaba más por la famosa dieta del cucurucho: dormir poco y rozarse mucho, cosa que, por cierto, yo había dejado de hacer, pero ese era otro tema.

—¡¡Hola, Mau!! ¡Qué envidia me das en esas islas! Aquí no para de llover —exclamó Susi.

—Puedes venir cuando quieras, cielo, y espero que no tardéis mucho en visitarme —la animé sonriente—. ¡Ya os echo de menos!

En ese momento se conectó la cámara de Abril y fuimos testigos de un beso de película entre nuestra amiga y Óscar.

—¡Iros a un hotel! —exclamé riendo.

Abril sonreía, pero no solo con los labios, sino con todo su cuerpo. Mi madre siempre decía que cuando se enamoró de mi

---

padre, todas sus zonas oscuras se iluminaron. Parecía que a mi querida Abril le estaba ocurriendo lo mismo.

—¡Hola, chicas! —saludó Óscar agitando la mano—. ¡Ya os dejo! —dijo besando de nuevo a nuestra amiga.

—Estás como quieres, ¿eh? —afirmé con ironía.

Abril se ruborizó, porque así era ella, un encanto.

—¡Mau! ¿Cómo estás? ¿Y el piso?, ¿queda cerca de la playa? ¿Qué tal con Hilario? ¿Has vuelto a pintar?

—¡Bueno, bueno...! ¡Con calma! ¡Vamos por partes! —pedí riendo—. No lo quieras saber todo en la primera cita.

—Venga, ¡desembucha! —ordenó la abogada.

—Pues todo genial. El piso tiene una terraza en la que os encantará sentaros a tomar mojitos en toples, y en cuanto a mi compañero, ya lo conocéis, sigue estando como una auténtica cabra, así que este año promete.

—Dios los dan y ellos se juntan —dijo Abril—. ¿Y la pintura?

—Eso es otro tema... Todavía no siento la confianza suficiente para volver a sostener un pincel.

—Algún día nos tienes que contar qué pasó en París para que no hayas vuelto a poner en práctica uno de tus mejores talentos. ¡Se te veía tan ilusionada...! —relataba Abril.

—No sabría explicarlo... ¿Cómo va todo con Issa? —pregunté para cambiar de tema.

—Va bien... Con la adaptación... Ya se expresa mejor en nuestro idioma y eso ha facilitado mucho las cosas. No os imagináis la impotencia de estar tres meses sin poder comunicarme con él. Menos mal que Óscar tiene muy buena mano.

—Y no solo con Issa, por lo que veo —dije guiñándole un ojo.

—¿Y tú sigues con tu sequía sexual voluntaria? —preguntó Susi.

—Sí, me estoy sorprendiendo a mí misma. Jamás pensé que aguantaría tanto. El Satisfyer se ha vuelto mi mejor amigo. ¡Quién me lo iba a decir!

---

—A lo mejor es que echas de menos el sexo con alguien en particular y por eso no te acuestas con nadie más —afirmó Susana.

—¡Ay, abogada! Tú siempre analizándolo todo. ¡Cuánto echo eso de menos!

—¿Sabes que Fernando ya se ha licenciado? —exclamó Abril.

—Sí, algo he visto por Instagram —admití—. Ya lo he felicitado.

—Elisabeth está enfadada conmigo —dijo de repente Susi.

—Y todos sabemos por qué. ¿Cuándo la vas a sacar de la sombra? —pregunté—. ¡Que te ha pedido matrimonio y has dicho que sí! ¿Te acuerdas?

—De esta, mato a mis padres —bufó Susana.

—Tendrán que aceptarlo, cielo —respondió conciliadora Abril—. Cuanto antes se lo digas, antes te quitarás ese peso de encima.

El pasado verano, en un acto de romanticismo, Elisabeth le había pedido matrimonio a nuestra querida abogada y ella había dicho «Sí, quiero». El caso es que ahora tenía que hacer oficial su relación ante su tradicional familia y ahí la frase no le salía tan airosamente.

Antes de despedirme, les hice prometer que pronto vendrían a vernos. No me sería fácil desplazarme a la península con tanto vuelo a África y las echaba mucho de menos.

---





## Y volar, y volar...

Mi línea comenzaba al día siguiente a las 5:30 de la mañana. El despertador sonó a las cuatro de la mañana, pero no me importó levantarme. La isla olía a calor, a fuego, a volcán y a mar. Vi un folleto en la cocina sobre grupos de meditación en la playa, quizás Hilario y yo deberíamos probar.

Meditar en la playa sería buena idea. En Cuba nos había funcionado a Fernando y a mí, y además, echaba de menos las clases de yoga con las chicas.

—¿Quieres que te cuente un rumor que no sé si te gustará demasiado? —preguntó Hilario mientras ponía dos tazas de café bien cargado sobre la mesa.

—¿Cómo puedes soltar esas bombas a estas horas de la madrugada y quedarte tan tranquilo? Sabes que ahora no podré resistirme a tu cotilleo —susurré sorbiendo la caféina.

—Me han dicho que Roberto ha pedido formar parte de este destacamento.

Casi me sale el café por la nariz. ¿Roberto había salido de los vuelos transoceánicos?

---

—Así como lo oyes. Parece que este destino está cada vez más solicitado —afirmó Hila, esperando mi reacción.

—Bueno —respondí con desgana apartando la mirada—. Que pida lo que quiera. Para mí es agua pasada —respondí airada.

—Mmm, ya veo...

—Es solo que me fastidia que venga... —continué—. Me gustaría tener seis meses de paz.

—Bueno, ahora es un hombre soltero. ¿Sabes lo de su divorcio hace un año, verdad?

Asentí con la cabeza.

—Y, por supuesto, tú también, por lo que veo... —respondí.

—Él mismo se encargó de difundirlo —respondió Hila sorbiendo su café y levantándose inmediatamente a fregar su taza.

—Son las cinco de la mañana, cielo, déjala en el fregadero. Lo haré yo cuando regresemos —rogué.

—¡Ah, no! Sabes que soy capaz de hacer aterrizar el avión si sé que estas tazas se pudren en el fregadero por unas horas.

—¡Qué exagerado eres con la limpieza!

—Y qué suerte tienes de vivir conmigo —respondió resuelto—. Y volviendo a Roberto, sinvergüenza será, pero qué guapo es el canalla.

—¡Todo para ti! —exclamé levantándome de golpe.

—Quizás algún día se dé cuenta de lo que es bueno —dijo guiñándome un ojo—. Cielo, no quiero que te pongas triste, es solo que he escuchado ese comentario y quería que lo supieras.

—Pues ojalá se quede en eso, en un comentario.

Mi primera línea la hice con la cabeza en otra parte. ¿Sería cierto lo que me había dicho Hilario? Si él lo decía era porque algo había. ¡Será posible! ¿Me va a perseguir toda la vida? Quiero estar tranquila. ¡Maldito comandante!

Al día siguiente bajé a la playa y nos inscribí a Hilario y a mí en el grupo de meditación. Era los martes a las veinte horas. Si algo

---

tenía esta maravillosa técnica era su aporte de calma, y parecía que se avecinaba tormenta, así que nos vendría genial a los dos.

Hilario entró por la puerta a las siete de la tarde con cara de pocos amigos.

—¿Un mal vuelo? —quise saber.

—Mejor ni preguntes —dijo desplomándose a mi lado en el sofá.

—¿Qué ha pasado?

—Tiene forma de bota y está en el mediterráneo.

—Entiendo... El macarroni.

—El mismo impresentable que viste y calza.

—¿Te apetece hablar de ello?

—Prefiero cortarme un dedo de la mano.

—Muy bien... Pues tengo buenas noticias para ti —dije intentando animarlo—. Estamos inscritos a las clases de meditación en la playa y... nuestra primera sesión empieza dentro de cuarenta y cinco minutos, así que date prisa y ponte guapo, que nos vamos.

Hilario me miró como si me hubieran salido dos cabezas.

—¡No vale protestar! —exclamé—. Con la bomba que me has soltado esta mañana y tu estado de ánimo actual es lo mejor que podemos hacer.

—Cuántas ganas tengo de que vuelvas a tener sexo, hija. Qué tranquilos estaríamos todos —afirmó resignado.

—Venga, mueve ese culito tan lindo que Dios te ha dado y prepárate para un viaje hacia dentro.

—Hacia dentro te hace falta a ti, amiga, pero muy hacia dentro.

Le tiré un cojín del sofá que esquivó con mucha agilidad antes de atusarlo y volver a colocarlo en su sitio. Con él, todo tenía que estar siempre perfecto.

Nos íbamos a meditar.

---

---